

# “Y la vida florece en la organización...”

Matías Camuñas\*

“Si el grano de trigo no muere, no dará fruto”  
(Jesús de Nazareth)

Desde Petare, desde muy adentro del pueblo de los humillados, de todos los que día a día son semilla de vida a través de la muerte diaria, a través de tanta esperanza. En medio de estos hombres y mujeres, presencia viva del Dios humano y sencillo, muerto por los hombres, resucitado por el Padre de Misericordia.

Que el tiempo no nos mate la esperanza, que el tiempo no nos borre la memoria, que la memoria de muerte y vida nos convierta en constantes luchadores en favor de la Justicia y la vida misma.

Seis meses desde los sucesos de febrero, desde tanta muerte injusta de hombres y mujeres del pueblo, seis meses de la masacre inmerecida de este sufrido pueblo. Cuántas vidas ofrecidas, inmoladas, los granos de trigo enterrados en fosas comunes, segadas sus vidas antes de tiempo...

Y el fruto de la vida. Mujeres de luto, arrastrando su dolor, con mucha dignidad, madres, hijas, compañeras y esposas que han convertido su llanto en denuncia. Su presencia, sus reclamos, su constante esfuerzo por no decaer: justicia, justicia. La justicia es su bandera.

Han unido sus dolores, el sufrimiento las ha hermanado. Tienen en común que la muerte violenta e institucional, la muerte “legal” de los defensores de la institucionalidad, la muerte, siempre la muerte, les arrebató lo que más amaban, sus hijos, su familia. Y se han mirado a la cara, y se han dado ánimo y juntas se pusieron en el largo camino de la lucha por la justicia.

Acompañadas de los distintos comités de defensa de los Derechos Humanos y de Justicia y Paz, de Petare, con esa conciencia de su debilidad y fuerza a la vez, van recorriendo salones de Tribunales, expedientes. Largo camino, con todas las trabas y desidia propias del sistema que no quiere admitir la verdad, la cruda verdad.

¿Quién, si no es Dios mismo, ha llenado de espíritu de fortaleza a estas madres y mujeres luchadoras? ¿Quién les dio la fuerza para robustecer sus rodillas?

Conocemos y acompañamos a la señora Quintana, madre de Jorge, cuando comenzaba su vida, a los 16 años se la quitaron el 27 de febrero; a la señora Hilda, la madre de Richard, de 17 años, joven deportista, buen estudiante, con todo el futuro de su vida por delante. Dentro de su hogar fue brutalmente asesinado; la mamá y hermanos de Rubén, cuyo cadáver siguen reclamando. Supuestamente después de ser muerto por FAL militar fue enterrado en fosa común. Nadie, ningún organismo, ha respondido por el paradero de su cadáver. Conocemos de cerca a la familia de Pablo Herrero, muerto por pistola oficial en la vía pública el 28 de febrero, a las 11 de la mañana; a la señora Cartaya, a su único hijo se lo arrebataron en día de muerte, el 1º de marzo. “Lo único que tenía, mi único hijo”. Y no descansará hasta que le digan dónde se lo llevaron el cuerpo destrozado de su hijo. Seis me-

ses y sigue desaparecido el cadáver de su único hijo. Conocemos a la mamá de Joel Antonio, 15 años, abaleado de FAL dentro de su casa. ¿Quién dará de comer, quién alimentará, vestirá, quién cuidará de los hijos de Pereira? se pregunta la abuela ante la indiferencia oficial. ¿Puede consentir este Dios nuestro, el Dios de Vida y Justicia que la mamá y la esposa y los hijos de Armando Castellanos se “conformen” y queden callados ante el asesinato en la propia casa por parte de unos oficiales de la Policía Metropolitana?

Y sigue la larga lista de estas mujeres luchadoras. Sabemos que ya no callarán hasta que este don de Dios que es la Justicia sea una realidad. Se han unido, no están solas. Se están convirtiendo en movimiento de pueblo sufrido y quién podrá detener a una madre que lucha por el hijo masacrado. Ayer, muchas de ellas, nunca habían tenido la experiencia de expresarse en público, en grupo. Hoy van dejando atrás miedos, temores, amenazas, la timidez misma. Hoy son protagonistas de esta historia que se está forjando, que ellas están construyendo.

Sabemos igualmente que a ciertos sectores de la sociedad la presencia y la organización, las lágrimas y las denuncias de estas madres de masacrados “llegan a cansarles”. “¿Por qué no dejarlo así? ¿Otra vez? ¿No es suficiente el informe oficial, el dictamen de la comisión de Política Interior del Congreso? ¿No hay ya una versión oficial que lamenta los lamentables hechos?”

Pareciera que el camino que proponen es hacer borrón y cuenta nueva...

Pero adivinamos que la acción, que la proyección de esta organización, hoy aún incipiente, pero llena de fuerza y verdad, va más allá de lamentos hipócritas y farisaicos.

Adivinamos que no descansarán hasta que cada madre pueda velar el cadáver de su hijo que le mataron y que no les han entregado. Que no descansarán hasta que todas las madres de hijos desaparecidos los encuentren. ¿Que son quince, que son dieciseis? ¿Dónde están estas personas? ¿Qué hicieron con ellas? ¿Dónde están los desaparecidos? ¿Quién con un mínimo de ética, de moral se atreve a decir a estas madres que dejen la cosa así?

Presentimos que estas madres organizadas no descansarán hasta conseguir la Justicia por la que están luchando. Una confesión pública de los responsables de tantas muertes, de la muerte de sus hijos con las consecuencias derivadas: el enjuiciamiento ante los Tribunales competentes de todos los involucrados en la masacre de inocentes, la indemnización por parte del Estado a los familiares de las víctimas inocentes, el rescate de la memoria, de la fama de los caídos inocentemente.

Son los frutos del grano de trigo enterrado. Es la resurrección después de la muerte. Es la vida de la esperanza, de la constancia, del amor.

Nosotros, como Iglesia, como Comisión de Justicia y Paz de Petare, como parte del pueblo cristiano, saludamos y damos gracias a Dios por la vida incipiente de esta organización de madres y familiares de víctimas inocentes. Que su presencia y sus lágrimas, que su lucha y su caminar a todos nos interpelan. Vemos y sentimos que Dios les acompaña, les bendice y fortalece. Seguros de que es el mismo Dios quien está “promoviendo” la misma organización.

\* Por Justicia y Paz de Petare